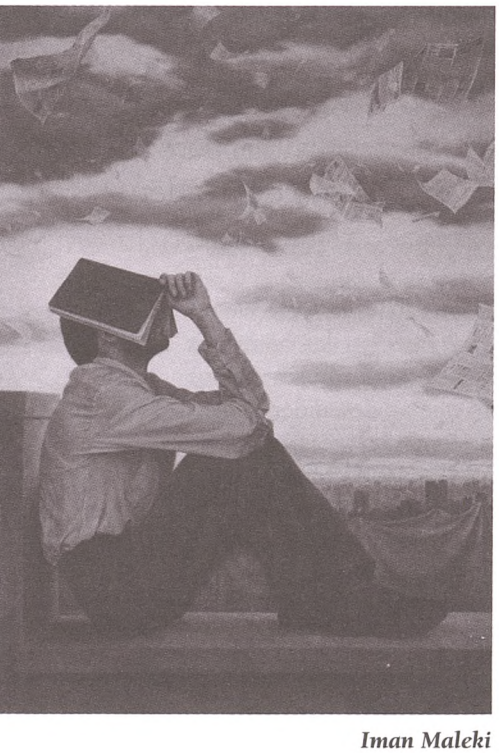
que lean alguno y lo expliquen en clase. También se le puede enviar un correo electrónico al autor o autora solicitando alguna aclaración. Las repuestas llenan de alegría a los estudiantes.

Luego, conviene facilitar unas preguntas para centrar su atención en la lectura e impedir que pasen por alto cuestiones importantes. Estas deben referirse tanto a la comprensión del texto, como a la reflexión sobre él o a su valoración. Aquí es importante hacer hincapié en aspectos que pueden relacionar con su propia vida y su manera de entender su entorno social y su formación personal.

Al finalizar la lectura, conviene hacer una puesta en común y aquí las preguntas servirán de guía para profundizar en la comprensión del texto y en su valoración. Esta parte social de la lectura que, en muchos casos, es la que hace comprender la obra en cuestión a muchos lectores, sólo es posible sitodos los alumnos leen la misma obra. De ahí que reivindiquemos la lectura de grupo, porque permiten trabajar como si de un club de lectura se tratara. Y respecto a este tipo de asociación, no podemos dudar de su actualidad.

Sin embargo, la lectura de grupo tiene inconvenientes, el principal es no poder elegir la obra ni el tiempo en que debe leerse. Pero esta dificultad se compensa al poder compartir nuestras reflexiones con otros lectores y al ser acompañados en el camino por el profesor, que abre los ojos a los méritos del texto y es como el guía que acompaña en un museo y sus palabras son los ojos de los visitantes. El profesor resalta las maravillas que contiene el libro y las da a conocer. Eso sería muy difícil de realizar si no se unificaran las lecturas de un grupo. Por eso las defendemos. Ello no va en contra de las lecturas libres, que son otra forma de lectura a la que aspiramos y que se puede compatibilizar con la grupal. Pero ahora pretendemos formar lectores y este tipo de lectura nos parece una forma válida de hacerlo. ■



Iman Maleki

La literatura juvenil en el desarrollo del hábito lector (Algunas consideraciones)

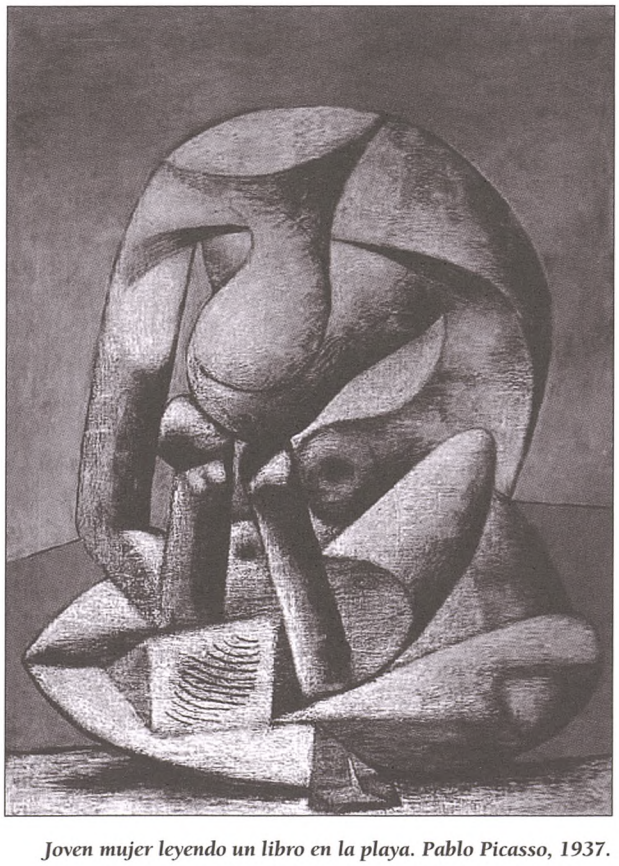
Anabel Sáiz Ripolll
Doctora en Filología
IES Jaume I (Salou)

En las siguientes líneas trataremos de definir qué es la literatura juvenil y de comentar su importancia dentro y fuera de las aulas. La buena literatura juvenil tiene unos valores y una importancia que no podemos olvidar a la hora de recomendar libros a nuestros jóvenes.

Si hablamos, ya para empezar, de las distintas edades lectoras, hasta los 12 años se considera aún un lector infantil. Como dice Kiko Ruiz Huici[1], se considera aún "un lector de paso" entre 13 y 17-18 anys; es decir: "Aludimos simultáneamenta a un lector adolescente y a un lector joven", con las matizaciones que ello comporta porque, como él mismo concede. No es lo mismo un lector de 13 años que uno de 17 o 18. Hay un abismo entre las dos edades. En esta ocasión nos centraremos en el lector adolescente. Por supuesto, no nos parece lo mismo la literatura juvenil que la infantil. Cuando hablamos de literatura juvenil nos referimos a una literatura que hace de puente entre el lector infantil y el lector adulto. Las lecturas destinadas a los adolescente son distintas de las destinadas a los niños y pueden o no ser diferentes de las que leerán de adultos, depende de su evolución lectora.

La literatura juvenil es de difícil definición. Podríamos decir que se trata de aquellos textos, más bien narraciones, que se destinan a un público joven, ni infantil ni adulto, tal vez desde los 12 años, para tratar de afinar un poco más. Emili Teixidor habla de que es un género reciente y que se deben seguir una reglas porque "La cultura de los jóvenes se ha definido como una cultura pachwork, una cultura de retazos de diferentes culturas, de

diferentes niveles y categorías, del cómic al pop pasando por los clásicos y los modernos. En un mundo en que la oferta es exponencial, cada joven se construye su propio abrigo cultural recortado de diferentes piezas"[2]. La literatura juvenil aún no está muy bien vista en los centros educativos, en general, y se le sigue dedicando poca atención y poco interés. Patxi Zubizarreta escribe que: "De la Literatura Infantil y Juvenil, casi desde sus orígenes ha colgado el sambenito de la irrelevancia, de la insignificancia y, si se quiere, de la vacuidad. Incluso ha tenido que cargar con el estigma de la sospecha por su muy dudosa calidad literaria. Los propios autores hemos contribuido en esta apreciación".[3] Parece que se la valore como algo de poca calidad y ningún mérito ni afectivo ni intelectual. Se trata de un error generalizado. Como bien nos dicen López Molina y López Muyor: "... son generalmente las lecturas del libro de texto, complementadas con el libro de lectura que las mismas editoriales facilitan, lo que se lee en la escuela. Quizá todo se deba al desconocimiento de los grandes beneficios intelectuales y afectivos que la literatura infantil y juvenil puede aportar a la formación del niño" [4]. Y añaden aún más, citando a Mendoza Fillola que: "Para que la lectura sea un placer tienen que cumplirse tres condiciones: a) Que exista interés por el tema de lectura y conocimientos previos; b) Que se dominen las estrategias lectoras; y c) Que el texto a leer aporte los contenidos referenciales suficientes para colmar el interés motivado" [5]. Si incluimos la literatura juvenil en el aula habremos conseguido la primera y tercera condición. Para la segunda, es necesario que el alumnado se inicie en este tipo de literatura. Al fin y al cabo, como nos recuerda de nuevo el escritor Emili Teixidor: "Lo que hace leer a los adolescentes es lo mismo que nos hace leer a nosotros, los adultos. Esa búsqueda de un posible encuentro entre nuestras zonas oscuras y las zonas sombrías de un texto. Con demasiada frecuencia olvidamos que leer es también –y quizás sin también– un acto de trasgresión, esa búsqueda de las zonas de sombra. Por ello deberíamos confiar más en los textos y en la búsqueda personal de los lectores jóvenes y menos en los seremones, las recomendaciones, las obligaciones. ¿Cómo va a hacernos caso, si en los asuntos en que se juega la vida se sueltan de nuestra mano para afrontar solos el peligro?" [6]. En su obra *Feines per treballar* (*Faenas para trabajar*), Pep Albanell, realiza una apología de la lectura por placer y critica la obligatoriedad en las lecturas y el análisis desmesurado que se realizada de algunos textos, en ciertas asignaturas universitarias de carreras de letras, por ejemplo: "Vull dir que hi ha llibres que s`han de llegir a poc a poc, sense pressa, aturant-se de tant en tant per deixar que les paraules ressonin dintre teu, sense preocupar-te per com tracta l`autor els personatges o per quina visió dóna del món, o si posa els adjectius davant o darrere dels noms"[7] .



Joven mujer leyendo un libro en la playa. Pablo Picasso, 1937.

Más autocrítico se muestra Patxi Zubizarreta cuando escribe que: "Vivimos tiempos confusos. Hemos alcanzado un alto nivel de bienestar, pero eso no nos ha acercado demasiado a la felicidad. Se nos llena la boca de palabras como libertad, pero cada vez somos más sumisos y acríticos. Lanzamos campañas y más campañas a favor de la lectura, proclamamos sus bondades, pero no nos creemos nuestras palabras y, en conclusión, no leemos. No terminamos de creernos que la literatura nos puede ayudar a conocer el mundo y a nosotros mismos" [8]. Ahora bien, no todo el mundo está de acuerdo con la llamana literatura juvenil. Así, Ana Díaz- Plaja califica a estos libros, que se leen en clase, como "los libros del colegio" y se muestra reticente a la hora de considerar sus calidades porque según opina: "La inmensa mayoría de libros de colecciones juveniles que se editan en España y que les hacen leer en el colegio, resultan todos iguales porque se están rigiendo por un mismo patrón, que es el siguiente:

-Ambientación contemporánea: los protagonistas son casi siempre jóvenes urbanos, de clase media, que van al instituto…

-Los temas suelen plantear un problema de tipo

familiar, psicológico o social: drogas, anorexias, desavenencias en entre los padres.

-Y los finales pueden ser de todo tipo: o negativos o positivos, abriendo una puerta a la esperanza" [9]. Ella cree, en suma, que en España, la literatura juvenil está determinada por los planes de estudio y el marketing. Puede que Ana Mª Díaz-Plaja tenga razón en algunos aspectos y hace muy bien en defender los clásicos juveniles, pero nos consta que, en la actualidad, muchos son los escritores y escritoras que dedican su talento y su oficio a imaginar historias destinadas a los jóvenes, al público adolescente, y que muestran un buen conocimiento y comprensión de sus problemas y emociones. También es cierto que estos escritores –y es de perogrullo decirlo- han sido previamente adolescente y, con sus recuerdos y sus propias vivencias, estan en condiciones de ofrecer sus puntos de vista y sus ilusiones y poner, por lo tanto, toda su experiencia al servicio de los lectores jóvenes.

De todos es sabido que, en la pubertad y adolescencia, el joven va desarrollando, paulatinamente, su inteligencia y sus capacidades. La literatura puede conducirlo –o guiarlo de alguna manera- en estos años de cambios y desazón interna y ofrecerle caminos y valores que pueda seguir, aunque, por supuesto, no se trata de soslayar la calidad literaria.

En estos años de cambios, insistimos, la memoria, la imaginación y la atención se amplían y van acompañadas por el espíritu crítico, tan característico y por la capacidad de abstracción. Porque… qué le pide el joven a la literatura?: "El adolescente demanda aquello que la literatura brinda por naturaleza: descubrir mensajes sobre el significado de la propia vida. [...] Escoge un tipo de literatura que lo satisface porque atrapa directamente sus verdaderas emociones, sus necesidades inmediatas, una literatura en la que las `historias´ de vida se entremezclan con su cotidinianidad, con los humores inquietos, con las temáticas existenciales y psicológicas de esta edad problemática" [10].

El adolescente demanda aquello que la literatura brinda por naturaleza: descubrir mensajes sobre el significado de la propia vida.

La literatura juvenil pensamos que puede cubrir un tramo de la vida del joven y invitarlo a ampliar sus puntos de vista y horizontes, a pensar y a reflexionar, a salir de su ensimismamiento. Como nos recuerda el también escritor Jaume Cela: "El adolescente descubrirá que, a pesar del mal del mundo, la literatura puede ser un consuelo, puede mostrarle conductas que le hagan pensar, abrirle interrogantes, dejarle encima de la mesilla de noche unas cuantas respuestas porque la literatura es una manera de vivir viendo a través de otros" .[11] A la vez, sirve a los adultos para recordarles esta fase que algunos ya han olvidado y que conviene tener presente para entender las actitudes y los extremismos del adolescentes que tenemos en casa o en clase. "Pero es que la literatura infantil y juvenil –insisten López Molina y López Muyor- no es sólo un importante medio para despertar y fomentar el placer por la lectura, sino que además desarrolla el sentido crítico, pues al sentirse el lector identificado con alguno de los protagonistas, toma partido ante los distintos problemas con los que se va enfrentando, defendiendo determinadas posturas y atacando otras, participando así imaginativamente en la solución de los conflictos. Y, si organizamos técnicas de debate después de las lecturas de esas obras, estaremos fomentando aún más el perfeccionamiento de ese sentido crítico"[12].

A veces, se cae en el error de pensar que la literatura infantil y juvenil es un subgénero de la literatura con mayúsculas y no es cierto; si lo pensásemos sería menospreciar la profesionalidad de un buen número de autores y autoras que han decidido cultivar la literatura que estamos tratando en estas líneas. Además, no hace ni falta decirlo, el lector juvenil es un lector exigente, tanto o más como el adulto.

La literatura juvenil, en suma, ayuda a los jóvenes a: formar su personalidad, abrir sus horizontes y ampliar la visión del mundo, comprender los problemas humanos, y a apreciar la literatura y, por lo tanto, a crear un buen hábito lector que le permitirá dejar el estadio de la literatura juvenil y acceder a la literatura para adultos [13].

Josep Albanell defiende con vehemencia la literatura infantil y juvenil, cuyo único objetivo es "provocar la lectura", sin ningún propósito perverso escondido como escribe el autor cuando afirma, traduciendo sus palabras, que "... muchos de los que practicamos el género infantil y juvenil no lo hacemos porque vivamos en Liliput. Ni siquiera escribimos en Liliput o desde Liliput. Ni debemos confesar ninguna perversión, deficiencia o anormalidad literaria. Ni tampoco enloquecemos por adoctrinar a nuestros lectores; en todo caso por divertirlos, si puede ser, por sensibilizarlos y ayudarlos en la tarea laboriosa de crecer física y moralmente. Y lo hacemos con gusto porque este género que exige estructuras coherentes, lenguaje pertinente a lo que se explica y que cultiva el interés inteligente y el juego en todos los sentidos, proporciona a sus autores el inefable placer de narrar. Que esperamos que culmine en el inconmensurable placer de leer" [14].

Los escritores y escritoras serios que escriben para el público juvenil –e infantil, porque a menudo dedican parte de su producción a ambos sectores y, a veces,

es difícil separar una literatura de otra- lo hacen con la intención de crear una obra literaria con mayúsculas, no quieren ceder a la tentación de dejar de lado aspectos propios de la literatura y rebajar la calidad del texto. No quieren, en general, proporcionar al lector una información –aunque es importante-, sino que, además, se centran en el propio mensaje, en su forma. Las obras literarias destinadas al público juvenil son, como en la literatura general, textos subjetivos, donde la función expresiva es importante, pero que permiten distintas interpretaciones, es decir, son ambiguas. Intentan, además, ser textos cuidados (desde el punto de vista gramatical y estilístico) y emplean cualquier registro lingüístico (culto, coloquial o estàndar). Y, en definitiva, siguiendo a Donatella Lombello, "Al lector joven, que es "lector de pensamiento en formación perpetua, más que un decodificador pasivo de sugnos visuales y auditivos", se le debe dar la posibilidad de "sentirse autor de algún proyecto educativo, de alguna elección de vida": sinécdoque pedagógica en la cual la propiedad de la parte, es decir, el proceso de leer, se extiende al todo, es decir, a la formación de la persona". [15]

Así, pues, la "lectura por deber" no tiene demasiada buena prensa en la actualidad y se cree que se ha de leer por placer y que no es una actividad que se pueda obligar. Es cierto, pero, en clase, en nuestro grupo clase, leer el mismo libro es un acto de enriquecimiento personal que pueda ayudar a todo el alumnado, es, por decirlo así, una especie de Club de lectura. El problema quizá no sea que todos leamos la misma lectura, sino cómo la evaluaremos y con qué medios. Pensamos, y nuestra experiencia en las aulas así nos avala, que a los chicos y chicas no les desgrada leer el mismo libro, les gusta participar en las actividades comunes, bien formuladas, que les ayudarán a crecer; pero, insistimos, los docentes tenemos que modificar la manera de controlar estas lecturas. No se debe considerar un castigo para los jóvenes, sino un premio. Así, aludiendo de nuevo a Donatella Lombello: "La escuela, como experiencia crucial en la formación del individuo, tiene en el maestro el sostén de su proceso de formación. El adolescente, a menudo afectado por su personalidad inquieta, en su apremiante afán de proyectar su futuro y al mismo tiempo en la dificultad de tener una conciencia clara sobre su propia identidad, siente la necesidad de relacionarse con un adulto que pueda convertirse en un referente, en un interlocutor capaz de escucharlo y orientarlo en la búsqueda de respuestas a las preguntas sobre su vida y su crecimiento". [16]

En definitiva, como poéticamente dice el escritor Antonio Muñoz Molina: "Uno de los lugares donde más intensamente sucede la literatura es el aula, en donde un profesor, sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje, le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros, el gusto por la razón en vez de por la brutalidad, la conciencia de que el mundo es más grande y más valioso que todo lo que puede sugerirle la imaginación" [17]

Este material forma parte de un proyecto de investigación que la autora está desarrollando gracias a una licencia retribuïda concedida por el Departament d'Educació de la Generalitat de Catalunya. Resolució EDU/2413/2009, de 27 de juliol (DOGC núm. 5461 9/9/2009)

[1] Kiko Ruiz Huici: "Jóvenes y lectura literaria", "Platero", nº 154, 2006, pág. 3.
[2] Emili Teixidor: "La literatura juvenil. Un género polémico", en "Educación y Biblioteca", 148, 2005, pág. 11.
[3] Patxi Zubizarreta, "De la sospecha a la garantía", en "Encuentros en Verines, 2003".
[4] Ibid., pág. 83.
[5] Ibid., pág. 83.
[6] Emili Teixidor, op. cit, pág. 11.
[7] *Feines per treballar*, Barcelona, SM, 2004. (Gran Angular, 134). "Quiero decir que hay libros que se tienen que leer poco a poco, sin prisas, parándose de tanto en tanto para dejar que las palabras resuenen en tu interior, sin preocuparte por cómo trata el autor los personajes o por que visión tiene del mundo, o si coloca los adjetivos detrás o delante de los nombres". Pág. 8.
[8] Op. cit.
[9] En Nuria Torrell: "¿Qué leen los jóvenes? ¿Qué les obligan a leer? ¿Qué deberían leer?", "Primeras Noticias", 2001, nº 180, pp. 16-17.
[10] Donatella Lombello: "Adolescencia y lectura", Memorias 6ª Congreso Nacional de Lectura para construir nación, Bogotà, 2004, pág. 287-288.
[11] Jaume Cela: "Literatura y valores", "Aula de innovación Educativa", núm. 172, 2008, pág. 29.
[12] López Molina, Juan. Ibid, pág. 83.
[13] Quizá haya que recordar que solo existe una literatura: la buena, sea para niños, jóvenes o adultos.
[14] "Escriure a Lil.liput", en *La sabateta de vidre*, Varios autores, Perifèric Edicions, 2005, pág. 58.
[15] Op. cit., pág. 291.
[16] Op. cit., págs. 285-286.
[17] Citado por Juan Manuel Trigo Cutiño: "¿Para qué sirve leer?", "Primeras Noticias", nº 178, 2001, pág. 53.